

**Domingo XXXII del TO
Ciclo A**



12 de noviembre de 2023

Sab 6, 12-16

Sal 62

1Tes 4, 13-18

Mt 25,1-13

P. Eduardo Suanzes, msps

Relata Jesús la historia de diez doncellas, acompañantes de la novia, que siguieron las pautas establecidas para las bodas orientales. Desde el principio de la historia, sobresale la idea de **la urgente necesidad de prepararse**. Juntamente con esta idea se da otra también: **la de ignorancia respecto a la hora exacta del regreso** del novio y lo repentino de éste. La combinación de estos dos conceptos a la larga nos va a reflejar el propósito de la parábola dentro del ministerio de Jesús.¹

Llama la atención que son las cinco doncellas «insensatas» las que son el eje central alrededor del cual gira la parábola. Según la parábola, lo problemático era que cinco de las muchachas no tuvieron la previsión de abastecerse de aceite suficiente para participar en la procesión matrimonial hacia el hogar del novio. Al oír el anuncio de la llegada del novio, las cinco doncellas se dieron cuenta demasiado tarde de que el aceite que tenían no daría abasto. A las personas que no participaban en la procesión matrimonial se les negaba la entrada a las demás actividades matrimoniales. De ahí que al terminar la parábola, veamos a las cinco doncellas necias a la puerta de la casa de los padres del novio rogando que se les admita.

Para nosotros, las prudentes son símbolo de los que se preocupaban de tener encendida la lámpara del corazón. Las insensatas son las que no dedicaron ni un minuto a pensar que la noche podía ser larga, que sus lámparas no eran muy grandes, y que podían necesitar una segunda reserva de aceite. Y, de pronto, en la noche, llega el esposo. Y nos encontramos con una paradoja: la parábola parece elogiar a las «egoístas». Cuando las alocadas pidieron aceite a las prudentes, éstas respondieron: «*No, no vaya a faltarnos a nosotras y a ustedes. Vayan a los que lo venden y compren lo que les haga falta*»

Si hubiéramos formado parte del grupo de los que escuchaban a Jesús, habríamos seguramente interrumpido airados la parábola diciendo: «Oye Jesús; debieron las muchachas repartir su aceite, aún a riesgo de quedarse todas sin él. En realidad, eran estas tacañas-prudentes-estúpidas las que merecen el castigo y no tanto las otras».

La objeción sería válida si el aceite del alma pudiera prestarse. No se trataba ahí de prestarse propiedades o méritos, sino de tener o no encendido el corazón. Y nadie puede encender el corazón de quien no lo enciende él mismo. Nadie se salva con el alma del vecino. Por eso

¹ Cfr. ROBERTO FRICKE S. *Las parábolas de Jesús. Una aplicación para hoy*. Ed. Mundo Hispano. El Paso, Texas, 2005

el esposo, cuando llegó, no reconoció a quienes tienen muerto el corazón, a quienes, cansados de esperarle, le habían olvidado plenamente². El aceite de nuestra lámpara es aquello que en nuestra vida es único, intransferible y no comunicable: podemos dar a otros uno de nuestros riñones o consentir un trasplante de médula, pero de nuestro corazón es imposible ser donantes «físicamente» porque es nuestro núcleo vital, nuestra condición de posibilidad para continuar amando y entregando vida. O sea que precisamente aquello que «no está en juego» es lo que nos permite «seguir jugándonos la vida» por los otros³.

Al aplicar la parábola a nuestra vida, a veces también nosotros experimentamos el «retraso de Dios»; entonces podemos sentirnos de mucho valor ante Él y recordar las palabras de Isaías: «*No temas, que yo te he redimido, te he llamado por tu nombre; tú eres mío, eres precioso a mis ojos y te amo...*»⁴

En muchos pasajes del Evangelio, como en este, aparecen de pronto gentes desconocidas que, en determinados momentos, toman la palabra, interpelan a los protagonistas, actúan a favor o en contra de ellos, murmuran o aprueban y, finalmente, desaparecen sin dejar rastro. Estos personajes tienen unas características comunes: no tienen nombre ni rostro, no actúan por propia iniciativa, sino enviados por otro, y desempeñan una función de comunicación, de acercamiento y de creación de vínculos. Por ejemplo, en el caso de hoy: la voz que grita: «*¡Ya viene el esposo, salgan a recibirlo!*»

Y si estamos esperando y nos damos cuenta que ya no tenemos aceite, sólo nos queda ponernos de pie y tener el valor de acercarnos a Jesús para ser sanados, con la seguridad de que él sigue llamándonos y que nunca ha perdido la confianza en nosotros, aunque hayamos sido necios. Y ésa es la tarea eclesial más urgente: ofrecer a los hombres de nuestro mundo el anuncio de que sus antorchas pueden llenarse de aceite por Aquel que solo lo puede hacer, y les mantenga listos para entrar en la boda.

Hoy hace falta que, desde su puesto de guardia, algunos hagan el oficio de centinelas para seguir oteando el camino y sacudiendo nuestro sopor y nuestro desánimo con su grito: «*¡Llega el novio! ¡Salgan a su encuentro!*» No es tarea de unos pocos solamente, nos toca a todos ir relevándonos para compartir intemperies, noches y cansancios.

Ser cristiano, seguidor de Jesús, consiste en salir al encuentro del Señor que está llegando para realizar con cada creyente una alianza que podemos calificar como nupcial. Su llegada es algo tan grave y determinante que hay que poner en marcha todos los recursos de que disponemos para que no se nos escape: estar alerta, prevenir, prepararse para recibirle, poner medios... Nada de pasividad irresponsable: vigilar significa hacer, trabajar, «guardar aceite», disponer del mejor modo posible los recursos de que disponemos⁵.

² Cfr. JOSÉ LUÍS MARTÍN DESCALZO. *Vida y ministerio de Jesús de Nazaret II. El mensaje*. Ed. Sígueme. Salamanca 1987

³ Cfr. DOLORES ALEIXANDRE, RSCJ. *Un tesoro escondido. Las parábolas de Jesús*. Ed. CCS. Madrid, 2011

⁴ Is 43,1-2

⁵ Cfr. DOLORES ALEIXANDRE, RSCJ. *Op.cit.*